DOMINGO IV DE ADVIENTO (A)
Homilía del P. Cebrià M. Pifarré, monje de Montserrat
19 de diciembre de 2010
Is 7, 10-14; Rom 1, 1-7; Mt 1, 18-24

En estos días prenavideños, en la liturgia de Adviento resuenan, vibrantes, las voces de los profetas bíblicos: «Cielos, destilad el rocío; nubes, derramad la victoria; ábrase la tierra y brote la salvación» -lo hemos cantado al comenzar la celebración-, o bien: «Sobre ti, Jerusalén, aparecerá el Señor, y clareará como el amanecer su gloria», y aún: «No temáis, el Señor vendrá y no tardará; salid a recibirlo». Pregón de consuelo y llamada a conversión, este concierto de voces nos invita sobre todo a esperar, ansiosos, el Reino mesiánico que, por medio de Jesús, se hace presente entre nosotros. Los cristianos, ¿no se ha dicho acaso que son la comunidad de quienes, habiendo escuchado la palabra de Jesús, han salido al encuentro del Reino de Dios que ya despunta? Modelo de quienes, con corazón bueno y sencillo, han esperado, incansables, las promesas mesiánicas lo son María y José. Igual que un preludio del pesebre navideño, aparecen en el retablo tan bien perfilado por Mateo en la secuencia evangélica de hoy.

José y María se habían comprometido a vivir como esposos, bajo la mirada de Dios. Signo como es de la fidelidad de Dios Alianza, el amor de los esposos es visto en la espiritualidad judía como un camino de unión profunda con Dios. Al evocar la turbación que José experimenta ante el misterio de la joven muchacha de Nazaret, María, que espera un niño, el texto evangélico resulta de lo más desconcertante. Puede que Mateo nos quiera recordar que, cuando Dios, el totalmente otro, interviene en nuestras vidas, se desbaratan nuestros sistemas de seguridad y nuestras lógicas tambalean. Que sólo podemos acercarnos al fuego incandescente de Dios desde nuestra humilde indefensión de criaturas, descalzos los pies, el rostro en tierra, es algo que la espiritualidad bíblica no se cansa de repetir.

El relato de Mateo nos dice que María, grávida del niño que es Hijo de Dios, no ha conseguido convencer a José, hombre justo, hasta el punto que la confianza de éste hacia María queda conturbada. Él sabe que no es el padre. Generoso, aunque con el corazón destrozado, quiere anular el compromiso matrimonial con María. No quiere ser un obstáculo en el camino de libertad y de gracia aceptado por María, y que él no comprende en absoluto. Ambos, es cierto, esperan al Mesías de Israel. Y he aquí que el Mesías está a las puertas, en sus manos. José se resiste. Visto humanamente, ¿puede uno creer a la mujer que ama, si te dice que «espera un hijo por obra del Espíritu Santo»? El niño que María espera es del todo iniciativa de Dios. José no lo puede creer. Y sin embargo, Dios llama a José a colaborar en la obra de la salvación, lo llama desde la oscuridad de la fe, desde la tiniebla luminosa. El servicio que se le pide, lo tendrá que cumplir desde la humildad y delicadeza de un corazón que ama, como quien dice desde la penumbra, dejándose forjar, silenciosamente, por la acción del Espíritu, que es así como nosotros intentamos servir al Evangelio de su Reino. De esta manera, nos cuenta Mateo que, gracias a José, y de acuerdo con la palabra profética de Isaías -lo hemos oído en la primera lectura- Jesús entra legalmente en el linaje davídico. Se trata, en realidad, de proteger el misterio del niño que María lleva en su seno de madre, proteger en todo niño a punto de nacer el misterio de Dios que llama a la puerta: «José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados». Intuyendo el secreto del Mesías que ha sido confiado a María, José, desborda ahora de amor a Dios, en una misteriosa complicidad de misión providente y paternal. Exultante de

alegría y de gratitud, ya no teme recibir a María en su casa. No un amor posesivo, sino un amor que adora el misterio de Dios en el niño a punto de nacer, y que, como todo niño en la tierra de los vivientes, reclama el calor de un hogar, un abrigo de humanidad y ternura.

Y es justamente en esta colaboración de María y José, tan atrevida, tan human, donde se verifica el realismo de la encarnación. María, la madre virgen, nos remite a la vida que nace en el corazón de un universo virgen saliendo de las manos de Dios, como una primavera eterna, nos recuerda la historia de tantas mujeres estériles -Ana, Sara, Isabel- que, al convertirse en madres, descubren que todo alumbramiento es siempre regalo sorprendente de Dios. Pero María nos invita asimismo a guardar el recuerdo de la vida humilde de Jesús de Nazaret, meditando su ley en el corazón, bajo el calor del Espíritu Santo, para captar su sentido profundo, hasta formar la imagen de Cristo en nosotros. La figura de José, por su parte, nos remite a la llamada que todos hemos recibido a salvaguardar lo prestado, el misterio sagrado de toda persona humana, sin cerrar los ojos a la tragedia de miles de niños, de hombres y mujeres que mueren cada día por falta de alimento y de calor humano. El tercer actor de esta historia que trastoca todos los sistemas, el Espíritu Santo, es quien da consistencia en el hogar de María y José, en el que Jesús niño, rodeado de afecto y alegría, descubrirá la sonrisa del Padre del cielo. Al término del Adviento encontramos todavía a los ángeles que nos acompañan hacia Belén. Ellos nos dicen que la gloria y la paz del Dios que ama, despunta ya en la pobreza del pesebre que hay en cada uno de nosotros. Todos somos invitados a ser ángeles de Belén, portadores de verdadera paz y verdadera hermandad, mensajeros de misericordia, de bondad y de perdón, que en eso consiste el Reino de Cristo. A las puertas de la Navidad, un corazón bueno y sencillo nos dé de contemplar este Reino de Cristo naciendo en el corazón del mundo.